



PAZ Y BIEN  
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



Solemnidad  
del Cuerpo y Sangre de Cristo  
26- VI- 2011

Textos:

Deut.: 8, 2-3. 14b-16a.

I Cor.: 10, 16-17.

Jn.: 6, 51-58.

*“Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente”.*

Coronando el tiempo Pascual celebramos esta fiesta grande del Corpus.

El Señor, en este bello y consolador capítulo 6 de san Juan, se revela como *Pan de vida*, por el que nos comunica su propia vida depositando en nosotros el germen de la resurrección (Cfr. san Cirilo).

“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día” (V. 54). El que come a Cristo lleva en sí la fuente de la vida eterna, así como los sarmientos unidos a la vid reciben la savia vivificante.

El Cuerpo del Señor es un alimento absolutamente original, pues no es un alimento que nosotros asimilamos, sino que es un alimento que nos asimila. Así san Agustín pone en boca de Cristo esta expresión: *“No eres tú quien me convertirás a ti, como el alimento de tu cuerpo, sino que soy Yo quien te convierte a Mí”* (Confesiones 7, 10).

También Jesús se llama a sí mismo *Pan de vida*, porque encierra en sí toda nuestra vida, tanto la presente como la venidera (Cfr. san Juan Crisóstomo. In Iannem hom. 45). Es la vida del Señor la que vivifica la nuestra y no sólo la temporal sino la eterna: “El que come de este pan vivirá eternamente” (V. 51).

Esta consoladora verdad la expresaba el tema elegido para el Congreso Eucarístico Internacional de Quebec (Canadá) en el 2008: *“La Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo”*. No lo dudemos, el mundo sin Cristo se enferma.

Cuantas veces sentimos el cansancio y agobio en nuestro caminar y dejamos de lado la Eucaristía que es también el *pan del caminante*, sacramento de la peregrinación, que nos mantiene vitales y sanos espiritualmente ante las dificultades del camino largo, el que nos lleva al cielo, puede ser por la desesperanza cuando se oscurece el camino de la vida. Y se nos enfría el fervor de la esperanza. Sin ella, también podemos caminar, pero nos vamos volviendo indiferentes, ensimismados, excluidores (Cfr. Mons. Bergoglio).

Hermanos, debemos revalorizar este *gran don*, este *Pan de vida* que restaura, pacifica el corazón y nos hace salir corriendo a la misión.

Benedicto XVI nos pide que “todos tomemos cada día mayor conciencia de la importancia de la Eucaristía dominical, porque el domingo, el primer día de la semana, es el día en que honramos a Cristo, el día en que recibimos la fuerza para vivir diariamente el don de Dios” (Quebec, 22. VI. 08).

No debemos olvidar que tenemos que prepararnos para recibir el Cuerpo y Sangre de Cristo; debemos hacer todo lo posible para recibirlo con un corazón puro, recuperando sin cesar, mediante el sacramento del perdón, la pureza que el pecado mancilló, “poniendo nuestra alma de acuerdo con nuestra voz” (Concilio Vaticano II, Sac. Concilium, 11), es decir, debemos recibir la Eucaristía en gracia de Dios, debemos periódicamente confesarnos.

Y san Justino nos recuerda que “nadie puede participar del alimento que llamamos Eucaristía si no tiene por verdadero lo que enseñamos, si no ha sido purificado con el baño de la remisión de los pecados y de la regeneración, si no vive conforme a la tradición de Cristo”.

Por último las palabras de Moisés al pueblo, en la primera lectura, nos motivan a hacer memoria de todo lo que Dios hizo por nosotros, hacer memoria y reconocer que Jesús se hizo compañero en nuestro camino, se hizo alimento para que no dejemos de caminar hacia Dios.

Hermanos, frente al altar del Señor y a la imagen de Ntra. Sra. de Luján, Madre y Patrona de nuestra Patria, pidamos al buen Dios que libere a nuestra Patria de las internas políticas que la desgajan. Que saciados con el humilde pan fraterno de cada día nos curemos de la ambición financiera que nos hace mezquinos y nos corrompe. Que el trabajo cotidiano por el pan que da vida eterna nos despierte del sueño vanidoso de la riqueza mal habida y la fama que idiotiza. Que la Eucaristía celebrada con amor y en fraternidad, nos defienda de toda mundanidad espiritual.

Que María que dio carne al Hijo de Dios nos cuide.

¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!

Amén

G. in D.